

TOMÁS, EL HOMBRE DE LOS
MILAGROS A PEDIDO:
DESINTEGRACIÓN DE LA
ORGANIZACIÓN
DEL SÍ-MISMO
EN UN CASO DE DEMENCIA
SENIL

TOMÁS, O HOMEM DOS
MILAGRES A PEDIDO:
DESINTEGRAÇÃO DA ORGANIZAÇÃO
DO SELF EM UM CASO DE DEMÊNCIA
SENIL

Carlos Jibaja Zárate
Licenciado en Psicología Clínica
de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP)
cjibajaz@gmail.com

Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article

Jibaja Zárate C. (2022) TOMÁS, EL HOMBRE DE LOS MILAGROS A PEDIDO:
DESINTEGRACIÓN DE LA ORGANIZACIÓN DEL SÍ-MISMO EN UN CASO DE DEMENCIA
SENIL Intercambio Psicoanalítico 13 (2), Creative Commons Reconocimiento 4.0
Internacional (CC By 4.0)

TOMÁS, EL HOMBRE DE LOS MILAGROS A PEDIDO: DESINTEGRACIÓN DE LA ORGANIZACIÓN DEL SÍ-MISMO EN UN CASO DE DEMENCIA SENIL

Carlos Jibaja Zárate¹

¹ Licenciado en Psicología Clínica de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Magister en Estudios de Psicoanálisis de la PUCP. Doctorando de Psicología (PUCP). Director del Programa de Salud Mental del Centro de Atención Psicosocial (CAPS). Miembro de la Asociación de Psicoterapia Psicoanalítica (Perú). Psicoterapeuta psicanalítico, supervisor clínico y docente. cjibajaz@gmail.com

Resumen

La psicosis es uno de los trastornos clínicos que más desafíos presenta tanto para su comprensión como para la terapéutica psicoanalítica. En el presente artículo se describe el caso de Tomás, un adulto mayor con demencia senil que a lo largo de los años fue mostrando el progresivo curso de la desintegración de la organización del sí-mismo, así como los intentos reconstituyentes del yo en el discurso delirante. Para la comprensión del colapso e intentos reconstituyentes de las estructuras mentales se ha tenido como referencia a los trabajos de Kohut (1977, 1980) sobre la organización del sí-mismo nuclear y su descripción de la regresión psicótica que empieza con el abandono de las formas maduras del narcisismo, la regresión y re-investigación patológica de la estructura narcisista cohesiva, el colapso de ésta, y la restitución delirante del yo fragmentado. La coexistencia del enlace psicótico producto de la escisión del yo con el resurgimiento patológico de estructuras primarias alteradas y aspectos del yo todavía en contacto con la realidad compartida es destacada.

Palabras claves: demencia senil, narcisismo, sí-mismo nuclear, regresión psicótica, delirio.

En el presente artículo presento la síntesis del caso de un adulto mayor con demencia senil y desarrollo una comprensión de sus procesos mentales a la luz de la organización y colapso del sí-mismo, así como los intentos reconstituyentes del yo en el discurso delirante.

La familia de Tomás es cercana a mí y tuve la oportunidad de conversar con él en varias ocasiones, antes y después de la irrupción de los primeros síntomas y conductas del trastorno. Como amigo y psicoterapeuta, la familia solicitaba mi opinión acerca de la condición mental de Tomás. Durante la pandemia mis visitas se interrumpieron. Como muchos adultos mayores, fue una víctima que sucumbió al virus y no tuve la oportunidad de despedirme. Tomaré la irrupción del COVID-19 y la orden de restricción social dada en marzo 2020 como una referencia temporal para ordenar algunas de mis observaciones acerca del cuadro clínico presentado por Tomás.

Era un octogenario de cabellera canosa, modales amables y muy conversador. Casado con su esposa Frida por más de cincuenta años. Fue el padre de dos hijos varones y 3 hijas mujeres, abuelo de seis nietos. De carrera educador, se desempeñó como profesor universitario; su familia lo describía como una persona correcta, reflexiva y de carácter benévolo, aunque recordaban que en ciertas ocasiones podía mostrarse colérico con la indisciplina de sus hijos cuando niños.

En el 2016, Tomás tuvo un accidente de auto que le produjo un hematoma intracraneal y que, semanas después del accidente, requirió de una intervención quirúrgica. Al parecer este accidente, que causó una hemorragia cerebral, aceleró la demencia que venía gestándose. Una resonancia magnética mostraba un cerebro envejecido en pleno proceso de desconexión y dispersión entre redes neuronales en diversas partes de la corteza cerebral. La primera alerta, más allá de los olvidos cotidianos, fue que estando solo en la calle se desorientó y una persona tuvo que llevarlo a su domicilio porque no recordaba dónde quedaba su casa.

En el 2018, la familia me consultó por el estado mental de Tomás. En las últimas semanas había empezado a preguntar a algunos de sus familiares, que dijeran qué era lo que deseaban para que pudiera concederles sus deseos: "dime que es lo que quieres ¿un buen trabajo, dinero, un auto? dime lo que deseas", les decía. Una vez que el familiar le decía lo que quería, Tomás respondía que él se lo iba a obsequiar porque sabía que era una buena persona. Los familiares me contaban que al inicio era casi como un juego de sobremesa porque luego volvía a conversar sobre sus temas favoritos como la política, el cine, la historia y sus anécdotas de vida. Pero que gradualmente este tema de preguntar por los deseos y otorgarlos se había hecho más frecuente.

Conversando con Tomás, me contó que él no es quien concedía los deseos, quien lo hacía era Dios, pero que tenía "vara" porque sus hermanos intercedían ante Dios. Sus tres hermanos ya fallecidos estaban muy cercanos a Dios, y los favores que Dios concedía los hacía solo a personas de alma buena. Tomás oraba a los hermanos, ellos intercedían y Dios concedía el don. Tomás decía con notoria falsa modestia que él solo era "un intermediario" para que ocurra el milagro. Cuando algún familiar o amistad confrontaba sus promesas y las señalaba como irreales, Tomás sonreía asegurando que por increíble que pareciera, el milagro iba a ocurrir, o dejaba entrever que la incredulidad del familiar no favoreció que se concediera el don, "es que eres un hombre de poca fe", le decía a uno de sus hijos.

A los meses de nuestra conversación se agregó una variación. Cuando no estaba en la posición de emisario de dones, se autoproclamaba como un gran empresario, inversor de tierras y barcos. Se sentía un incomprendido, que la gente pensaba que estaba inventando, pero decía "no saben lo que dicen, a mí se me revelan esas verdades que son incomprendibles, maravillosas". Cuando era confrontado con argumentos lógicos se cerraba, quedaba en silencio, se irritaba y se iba a su dormitorio. Cuando se exploraban las ideas de grandeza, él rápidamente las asociaba a sus hermanos que le decían dónde invertir para que él ganara mucho dinero y pudiera repartirlo entre sus seres queridos.

Una relación por resaltar era con la esposa con quien estuvo casado por muchos años, también octogenaria. Frida, la esposa, afirmaba que Tomás siempre había sido celoso, pero en el tiempo que aparecieron las ideas de que era un gran empresario habían aumentado sus celos. Al principio lo consideró como parte de su carácter, pero luego tomó consciencia de lo exacerbado de estos sentimientos hacia ella comprendiendo que era parte de su demencia. Tomás fue perdiendo la integración vincular con la esposa. La conversación entre ellos podía presentarse sin mayores cambios de humor en Tomás, pero de manera súbita y por algún detalle trivial que él consideraba como un desplante, se ponía suspicaz y le reprochaba una supuesta infidelidad de Frida en sus años juveniles. La celotipia se agudizó luego de que los hijos e hijas determinaran que Tomás requería tener su propia habitación debido a su insomnio e inquietud nocturna que requirió que la familia contratara a una asistente de enfermería. Gradualmente, se fue acentuando la relación de odio hacia la esposa. Tuvo episodios de ira celotípica en contra de ella convencido de que le era infiel y lo engañaba trayendo hombres a su cuarto. En algunas ocasiones se fugaba de su casa tocando la puerta de los vecinos buscando “una pensión con otra mujer que le diera cariño y respeto”. Amargamente le reprochaba a Frida que lo había botado de la cama conyugal.

En el 2019, Tomás entró a otro período en la relación con su esposa. Frida se convirtió en la “mamita” a la vez que Frida, la esposa, lo había abandonado al conseguir otro marido. Cuando veía a la “mamita”, es decir a la esposa-madre buena, se conducía cariñosamente, se engreía con ella, se preocupaba por su salud. Frida, la esposa infiel era una figura que lo había injuriado, mientras que la “mamita” era toda bondad. Paralelamente, los lentes oculares puestos en sendas operaciones de cataratas varios años atrás requerían ser cambiados, pero la familia optó por no hacerlo. En consecuencia, su campo de visión se fue estrechando gradualmente, lo que no ayudaba a identificar a sus familiares con claridad, y que con el tiempo le trajo la tendencia a entrecerrar los ojos y manejarse más con imágenes internas que con las percepciones de las personas en el mundo exterior. Se daba así la paradoja de que Tomás podía hablarle a la esposa lo mala que había sido, creyendo que hablaba con su “mamita”.

¿Que quedaba de su personalidad un año antes de la pandemia? Algunos comentarios acerca de la política, la lectura de los titulares de los diarios para lo que utilizaba una lupa. Todavía algunos rasgos como su sentido del humor, amabilidad, su buen apetito y el gusto por los dulces, el gran temor que le generaba que las personas a su alrededor hablaran sobre la muerte. Tomás era de las personas que, si se hablaba de entierros y velorios, mucho antes de que sus síntomas de demencia aparecieran, advertía que no se hablara de esos temas “de muy mal gusto”.

La memoria disposicional acerca de quién era él mostraba alteraciones importantes. No recordaba que profesión había tenido, cuántos años tenía, cuántos hijos tenía, no se reconocía en fotos de él de otras épocas de su vida, etc. Recordaba sí que había nacido en una región norteña, que le gustaba comer cebiche los sábados, que su hermano favorito se llamaba Miguel.

Su estado mental se agravó con una infección urinaria y varios días de fiebre muy alta que lo tuvo dormido o en estado semi inconsciente. En el proceso de recuperación de la infección, estando en cama, pero ya sin fiebre, tuvo un episodio psicótico agudo. Su pensamiento incoherente, delirante a partir de alucinaciones conspicuas, lo hacían hablar en soliloquio y con fuga de ideas sin mayor ilación con amigos imaginarios de la juventud fallecidos hacía varios años Utilizaba algunas frases cortas como “es necesario corregir” de manera repetida, frases que le provocaban risas o a ratos arrebatos de cólera; asimismo, exigía que lo llevaran a la puerta principal de su casa porque siendo Ministro de Educación venían a recogerlo para hablar con el Presidente, todo ello en un nivel de agitación que hacía que se levantara de la cama y caminara sin descanso por su domicilio presentando un insomnio persistente por varios días. Al cabo de por lo menos tres días, el incremento de medicación antipsicótica y de las benzodiazepinas terminó por volverlo a un estado de semi inconsciencia.

El estado mental de Tomás no retornó al funcionamiento previo: desconocía a la mayoría de sus familiares, a varios los confundía con personajes diversos de su historia juvenil y al interactuar con ellos mostraba una reacción emocional automatizada y sin profundidad. Su problema de cataratas tampoco contribuía a discriminar entre las técnicas de enfermería que lo atendían, no recordaba los nombres de ellas. Su pensamiento se empobreció, para compensar una vez que reconocía a alguien o le decía el nombre, Tomás asignaba categorías a las personas que lo rodeaban como buenas, malas y por rasgos físicos. Las personas buenas eran divinas, prodigiosas, que lo ayudaban, lo salvaban de la oscuridad y lo consolaban de sus sentimientos de desprotección y soledad; las malas eran feas, ignorantes, amenazantes, codiciosas que lo único que querían era golpearlo, robarle o tramaban matarlo para llevarse el dinero de su pensión; las personas eran identificadas también por sus rasgos físicos, pero que a Tomás esta manera de categorizarlas no las remitía a un nombre o a una profundidad biográfica.

Con la irrupción del COVID, no volví a verlo. Uno de sus hijos me dio la noticia del fallecimiento de Tomás; por las condiciones sanitarias no me fue posible despedirme de él. Este artículo es, en parte, un intento de hacerlo.

La organización del sí mismo y su gradual desintegración en Tomás

La psicosis es uno de los trastornos clínicos que más desafíos presenta tanto para su comprensión como para la terapéutica psicoanalítica. El estudio seminal de Freud sobre las memorias del Dr. Schreber, los primeros tratamientos de pacientes psicóticos presentados por Fromm-Reichman y Sechehaye; las teorizaciones de Klein, Bion, Kohut, Kernberg entre otros representantes de la teoría de las relaciones objetales, así como los estudios de Lacan, Green, Leclaire y Aulagnier entre otros representantes de la tradición francesa, son las bases comprensivas sobre el trastorno psicótico que tanto nos habla acerca de las estructuras y procesos mentales, la alteración radical de éstas, así como los límites del método psicoanalítico en el abordaje de los cuadros psicóticos.

Para la comprensión del caso de Tomás tomaremos como referencia la teorización de Kohut (1977, 1980), aunque filtrada por el tamiz de nuestra propia interpretación del autor, así como de otras influencias como Kernberg (1986) y Aulagnier (1994).

El sí-mismo es una organización intrapsíquica constituida por auto representaciones y las representaciones de objeto localizadas de manera heterogénea en el yo, ello y superyo, y que confiere a la estructura tripartita de la mente un principio integrador e identitario de la experiencia del sujeto consigo mismo y la relación con sus objetos y vínculos interpersonales (Jibaja, 2013).

El sí mismo se constituye inicialmente en el vínculo primario con la figura materna. En sus primeras semanas el bebé establece relaciones de objeto parciales fusionales, siendo la relación boca-pecho la relación primaria parcial prototípica. A la manera de un gigantesco y confuso registro sensorial, cenestésico, propioceptivo, la figura materna a lo largo de los primeros meses se va constituyendo en la figura gestáltica sobre un fondo fragmentado. Esta experiencia temprana, reconstruida gracias a las neurociencias, la psicología del desarrollo y la clínica psicoanalítica habría empezado a ordenarse bajo ciertos organizadores corporales: experiencias placenteras y displacenteras; aprehensión y distensión, ingesta y expulsión, yo cenestésico y no-yo, etc., sobre los cuales se va constituyendo un cuerpo imaginado en relación con aquella/aquel que lo sostiene. Así, el proceso de identificación primaria con la figura materna que se inicia alrededor de los seis meses encuentra a un ser en condición de indefensión y necesidades básicas y a la figura de la madre que aparece en estos momentos inaugurales con atributos de omnipotencia y de vocería de una realidad sociocultural en la que ella misma está inscrita.

Kohut (1977, 1980) plantea que luego de los primeros meses, el infante va integrando una estructura investida libidinalmente basada en la relación internalizada entre el sí mismo grandioso y el objeto parental omnipotente. Le llama sí-mismo nuclear y es una configuración investida de libido que escinde aspectos frustrantes y displacenteros en el ámbito del no sí-mismo. El reconocimiento empático de las figuras parentales permite que el sí-mismo del infante se muestre jubilosamente con la espontaneidad, impulsividad, con los juegos propios de la primera infancia. En el juego de las escondidas, incluso previo al dominio de la locomoción, el infante disfrutará del reencuentro con la figura materna quien con empatía y fascinación reconocerá y responderá al exhibicionismo grandioso del sí-mismo.

Para Kohut (1977) esta es la base libidinal de la estructura narcisista cohesiva entre un sí-mismo que se constituye en el centro vital y espontáneo del sujeto junto a un objeto-sí mismo omnipotente. Es una relación diádica, en la que objeto no es un otro diferenciado sino percibido como una parte "fusionada", "especular", "gemelar" del sí-mismo. La estructura narcisista cohesiva es la base del narcisismo, la cual para Kohut (1977) no es una mera etapa del desarrollo absorbida posteriormente por la experiencia edípica, sino que se desenvuelve de manera independiente de la libido objetal y establece configuraciones narcisistas maduras que sostienen la autoestima y la autoconfianza del sujeto, así como la capacidad para admirar a los otros y sentir un sincero entusiasmo al relacionarse con éstos.

Kohut no desconoce la importancia de la experiencia edípica para la incorporación de las prohibiciones e ideales que provienen de las identificaciones secundarias, así como para la consolidación de aspectos del sí-mismo escindidos. Sin embargo, sostiene que las configuraciones narcisistas siguen invistiendo autorrepresentaciones, objetos-sí-mismo y a las mismas estructuras mentales investidas con libido diferenciada. En el dominio del funcionamiento primario, en lo imaginario narcisista, las identidades fijas son irrelevantes y el objeto puede seguir siendo parte del sí-mismo (objeto-sí-mismo), pero por la experiencia edípica, este funcionamiento se ve sometido al dominio del funcionamiento secundario del yo: las diádas narcisistas permanecen operativas en el dominio del funcionamiento primario, pero se articulan a una relación imaginaria y simbólica con la terceridad interpelante inscrita en el ideal del yo por las identificaciones y prohibiciones edípicas.

El mismo autor (1977) sostiene que la comprensión de los trastornos psicóticos debería examinarse más en la desintegración de las organizaciones narcisistas que en las del amor objetal. Freud (1911) en el caso Schreber muestra la trayectoria que va del amor objetal más diferenciado a un estadio de retracción narcisista continuando hacia la fragmentación autoerótica y la restitución delirante de la realidad.

Kohut, en cambio, pone énfasis en cambio en los fenómenos regresivos narcisistas que van desintegrando: a) las formas superiores de narcisismo; b) el retorno y recarga de posiciones narcisistas primarias; c) la ruptura de la estructura narcisista cohesiva con fragmentación del sí mismo y de los objetos del sí mismo primarios; y d) la resurrección restitutiva y patológica del sí mismo grandioso y del objeto parental omnipotente en un estado mental de franca expresión delirante.

El estado delirante de Tomás por el cual se ubicaba en la posición de intermediario de dones milagrosos puede ser comprendido desde la lectura del proceso regresivo planteado por Kohut. El sí-mismo grandioso de Tomás buscaba conceder dones a aquellas personas que le eran cercanas. Se mantenía la relación con el objeto omnipotente y sus subrogados. Se plantea una relación en la que él ubicándose en el lugar del deseo del miembro de la familia, le concedería el mayor de sus anhelos. Tiene la omnipotencia para concederle el deseo al familiar. Esta relación de objeto investido de la libido propia del dominio narcisista guardaba relación con otra: su omnipotencia depende de los buenos oficios de otros objetos intermediarios ante Dios. Dios era quien concedía los milagros, los hermanos fallecidos intercedían ante la gracia divina estimulados por las oraciones y solicitudes de Tomás. Ellos, una especie de operadores celestiales, le permitían hacer milagros a las personas que quería. En el delirio, los hermanos, especialmente Miguel, no tenían estatus de ángeles o santos, su conexión mantenía la familiaridad con ellos, le acompañaban, tenía una relación cotidiana con sus hermanos a través de los sueños.

El movimiento regresivo en la psicosis que va de la retracción de la relación objetal hacia las relaciones narcisistas descrito por Freud (1911) puede ser entendido como la desinvestidura y desactivación parcial de las configuraciones edípicas de los objetos diferenciados y mediados por la castración simbólica y la re-investidura patológica de configuraciones narcisistas primarias. La regresión hacia la organización del sí mismo primario desactivó el ámbito del funcionamiento secundario y del Ideal del Yo desde los cuales el juicio de realidad le permitía a Tomás discriminar entre procesos internos y externos, así como diferenciar entre sí-mismo y los objetos. Cabe destacar que el discurso delirante coexistía de manera escindida con otras áreas de su funcionamiento mental: Tomás escuchaba las noticias, comentaba sobre política, mantenía su sentido del humor y las formas amables de su carácter. Sin embargo, el criterio de realidad del yo estaba alterado y los argumentos lógicos o comentarios irónicos de sus familiares no interpelaban su sistema fijo de ideas; tampoco el hecho que, una vez pasado el plazo en que se suponía el milagro tenía que materializarse, no pudiera llevarse a cabo el regalo. Incólume, el pensamiento delirante se mantenía, a la vez que, en última instancia, sostenía la relación con el objeto parental omnipotente (Dios) re-investida de manera alterada. De hecho, el yo estaba invadido por un enclave psicótico que irrumpía en el foco del sistema consciente de Tomás, pero coexistía con los aspectos conservados del yo en contacto con la realidad compartida.

La activación delirante del sí-mismo grandioso y del objeto parental omnipotente y el uso de la escisión mantuvo a Tomás en un frágil balance dependiente del cuidado de sus familiares. El movimiento hacia la activación y re-investigación libidinal narcisista del sí-mismo se manifestó con ideas de grandeza cada vez más expansivas que señalaban, sin embargo, que la demencia continuaba en su curso inexorable. El período de celotipia con la esposa y el uso de gruesas escisiones entre la “mamita” y la “esposa infiel” indicaban que el proceso de desintegración de la organización del sí-mismo iba desbrozando su mundo objetual en representaciones de objeto parciales a la vez que iba empobreciendo la resonancia afectiva en los vínculos con sus familiares más cercanos.

La noción freudiana (2011) del delirio paranoico en su forma celotípica que implicaría una intensa carga homosexual proyectada a la esposa, y enunciada como “No soy yo quien ama al hombre, es ella quien le ama” podría ser comprendida a la luz de la herida narcisista (sentirse rechazado y alejado de la cama conyugal), la regresión a formas arcaicas de narcisismo y las escisiones entre la “mamita” y la esposa infiel. En el delirio, la presencia de los “hombres” con los que la esposa le sería infiel no tiene una carga de objeto específica, por el contrario, los rivales son varios e indiscriminados. En tal sentido “los amantes” corresponderían al ámbito escindido del objeto omnipotente investido de odio que amenazaba a la estructura del sí mismo nuclear. Estos cobrarían importancia al representar objetos rivales que impiden el acceso al objeto omnipotente libidinal. La idea delirante de la celotipia sería en consecuencia, una forma de sostener la relación con el objeto omnipotente primario en una configuración paranoide: los rivales se representan en tanto que su “existencia” explicaría el abandono y rechazo del objeto-sí-mismo “esposa infiel” y alejarían de él la angustia del derrumbe de la estructura narcisista primaria y su consecuencia, la irrupción en la realidad del cuerpo despedazado.

La infección urinaria y estado febril tuvo un impacto significativo sobre su condición mental. Luego de estar semi inconsciente por el estado febril durante varios días, Tomás pasó de la reedición patológica del sí-mismo grandioso y del objeto parental omnipotente a un estado de fragmentación de la ya precaria estructura narcisista primaria. El quiebre psicótico fue agudo y lo mantuvo en un estado alucinatorio y delirante, insomne y agitado por varios días hasta que los antipsicóticos y benzodiazepinas lo pusieron en un estado de semi inconsciencia por un lapso. Ya repuesto de la infección, la demencia senil se había profundizado y se mostraba con la ferocidad de un naufragio mental. El yo de Tomás se adhería a algunas de sus pertenencias que habían quedado flotando en un mar de confusión que engullía sus últimos baluartes identitarios. Las pocas pertenencias de las que se cogía para no hundirse eran recuerdos aislados de su niñez y juventud, los cuales repetía una y otra vez. Muy de vez en

cuando aparecían vestigios del hombre que intermediaba milagros a pedido de sus familiares. Mas bien ahora tenía soliloquios con amistades de su juventud que o habían fallecido o no había visto por décadas y que él los mencionaba en el presente diciendo que había estado conversando con ellos. Su pensamiento, sus respuestas emocionales, sus historias de vida, poco a poco se los fue tragando el mar insondable del olvido y de la desintegración de sus estructuras mentales.

Finalmente, señalamos que a diferencia de otros sistemas delirantes en que el sujeto construye una cosmovisión persecutoria a partir de los significantes repudiados de la castración, las relaciones de parentesco y la relación imaginaria pero imposible con un padre, consideramos que el pensamiento delirante de Tomás no presentaba elementos suficientes para una comprensión en esa línea de teorización (Aulagnier, 1977, 1994; De Waelhens, 1973; Lacan, 1971).

Referencias Bibliográficas

- Aulagnier, P (1977). *La violencia de la interpretación*. (1ra Edición). Amorrortu
- Aulagnier, P. (1994). Observaciones sobre la estructura psicótica. *Un intérprete en busca de sentido*. (1ra Edición). Siglo Veintiuno Editores.
- De Waelhens, A. (1973). El alcance estructurante del complejo de Edipo. Ausencia del triángulo edípico en la psicosis.
- La Psicosis*. (1ra Edición). Ediciones Morata
- Freud, S. (1911). Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito (Caso Schreber). *Obras Completas de Sigmund Freud*. Amorrortu.
- Kernberg, O. (1994). La identificación y sus vicisitudes, tal como se las observa en las psicosis. *La agresión en las perversiones y en los desórdenes de la personalidad*. Paidós.
- Kohut, H. (1977). *Análisis del self*. (1ra Edición). Amorrortu
- Kohut, H. (1980). *La restauración del sí-mismo*. (1ra Edición). Paidós.
- Jibaja, C. (2013). *Los múltiples rostros en uno: el sí-mismo, el uno mismo y el sujeto*. Roel SAC
- Lacan, J. (1971). Respuesta al comentario de Jean Hyppolite. *Escritos*. Siglo Veintiuno Editores